

LA NOVELA FILM

N.º 46

30 cts.



LA EDAD DE LA AMBICIÓN

La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

LA NOVELA FILM

Redacción / Lauria, n.º 96
Administración / BARCELONA

AÑO II

N.º 46

LA EDAD DE LA AMBICIÓN

Comedia dramática de
costumbres modernas,
interpretada por las
celebradas artistas

MYRTLE STEDMAN
MARY PHILBIN

FIRST NATIONAL PICTURES



LA NOVELA FILM

LA NOVELA FILM
LA NOVELA FILM
LA NOVELA FILM

LA NOVELA FILM

LA EDAD DE LA AMBICIÓN



LA EDAD DE LA AMBICIÓN

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Hoy, sobre todos los sentimientos humanos, triunfa la ambición. En la vida se lucha para lograr lo que no se tiene y para aumentar lo ya conseguido. Los hombres llamamos a esto ambición, delirio de grandezas, egoísmo; y las mujeres deseo, lujo, capricho... ¿qué más da?...

En Nueva York.

Frente a una lujosa quinta se detiene un automóvil. Se apean una dama y un caballero. Ella viste elegantísimamente. El no representa tener más de cuarenta años y se ccha de ver que es un favorecido de la fortuna.

Ella se llamaba Janet Loring. Joven y bella, ahuyentar para siempre quisiera el recuerdo de su amargo pasado. Era viuda. De su desgraciado amor sólo le quedaba un hijo, del que una vecina cuidaba con maternal interés.

Malcolm Trash era el nombre del caballero que la acompañaba. La vida habíale dado todo lo que ambicionara excepto el verdadero amor.

Janet había conocido a Malcolm por un capricho del destino, y desde entonces—pocos días antes del comienzo de nuestra novela—se vieron a menudo.



...sólo le quedaba un hijo, del que una vecina cuidaba con maternal interés.

A Malcolm le gustaba Janet hasta el punto de pensar proponerle que fuera su esposa.

Ella le había ocultado desde el principio la existencia de su hijito Ranny, a fin de que no fuera obstáculo para la realización de su deseo de resolver su problema de escasez y tra-

bajo casándose con el pretendiente rico. Haciendo tal cosa, ella viviría rodeada de lujo, acariciada por las sedas y el valor de las pieles caras y el abrigo de un amor.

Malcolm no preguntó nunca a Janet su origen. Ella tuvo siempre la habilidad de fingir que vivía en aquella espléndida quinta a cuya puerta iba él a recogerla con su "auto" todos los días y a donde la acompañaba luego.

Aquella amistad tan profunda que naciera entre ellos tenía que tener el resultado que al fin tuvo.

—Jamás abrí mi corazón a mujer alguna... pero usted me ha hecho creer en ilusiones que jamás sentí... ¿Quiere usted ser mi esposa, Janet?

—¿Está usted seguro, Malcolm, de anhelar lo que me pide?

—Nunca le he preguntado a usted si era libre para consagrarse a mi felicidad. No me ha preocupado otra cosa que la simpatía que usted me ha demostrado desde que nos conocimos. Creo, pues, estar verdaderamente enamorado de usted. Pero sí he de decirle una cosa. Quizá sea egoísta e incorrecto, pero mi carácter me obliga a decirle que jamás podré amarla si usted no llega hasta mí completamente despojada de su pasado.

Janet pensó en su hijo. La condición que imponía Malcolm significaba que ella debía renunciar a Ranny.

¿Qué hacer?

¡Terrible dilema para la madre cuyo cora-

zón estaba en pugna con su espíritu fantástico!

No tardó Janet mucho tiempo en decidirse. Aceptó casarse con Malcolm. En cuanto a su hijito, su vecina, pagándola bien, se encargaría indudablemente de seguir considerándolo como un tercer hijo—pues ya tenía dos—, hasta que ella se lo reclamase.

Pocos días antes de la boda, tuvo lugar la entrevista de la madre que prefería la vida en grande al hijo de sus entrañas con la bondadosa vecina.

—Compréndame usted, señora... Yo soy joven aún y la vida me sonríe... El hombre que me ha elegido por esposa no se casaría conmigo si le revelase que ya tengo un hijo... Confío en su bondad... Guarden con ustedes al niño durante unos seis meses más... Hacia esa época volveré por él... Tome este dinero... para que no le falte nada...

—Hizo usted llamamiento a mi bondad, Janet, y su dinero no me sirve. Puede dejar el niño... hasta que usted quiera acordarse de que es su hijo.

—Usted me comprende, ¿verdad?

—Todo lo comprendo, Janet..., menos una cosa... que no le dé pena sacrificar al niño...

—Oh, ángel mío! ¡Yo no le olvidaré nunca, nunca!

La despedida fué, como se supone, muy sentimental. Le costó mucho a Janet abandonar a Ranny... pero al fin lo hizo y pronto pensaba consolarse de su ausencia.

Y se casaron Janet y Malcolm. Viajaron mu-

cho. Se divirtieron (así le pareció a ella). Y pasaron meses, algunos más de los seis prometidos.

De regreso a Nueva York, el matrimonio se instaló en la lujosa casa propiedad de Malcolm.

Asistieron a muchas fiestas y reuniones para



—Tome este dinero... para que no le falte nada

gozar eternamente, mas Janet no vivía feliz.

Era innegable que Malcolm la quería, pero su amor no tenía ese fuego de la juventud que enardece el corazón amigo. Su unión con Janet era una conveniencia más de orden moral de segunda categoría. Ella representaba

para él la mujer más agradable entre todas las que conocía... y nada más que eso. Mucho hubiera sido para otros hombres que le tuvieran cariño al hogar, pero no para Malcolm, que tenía otros asuntos de más importancia: las operaciones en la Bolsa.

Poco a poco Janet sintióse triste.

De su tristeza surgió el convencimiento de que lo que echaba en falta era a su hijo.

Tuvo una idea. Vaciló, antes de intentar darle forma real, pero no pudo por menos de resolverse a hacerlo.

Malcolm se distraía en su gabinete de trabajo haciendo solitarios...

Janet se acercó a él y le dijo con súplica en la voz:

—Esta casa es demasiado grande y triste. ¿Por qué no adoptamos a un chiquillo pobre para que la alegre con sus risas?

Malcolm se levantó bruscamente de su cómodo sillón y respondió con cierto reproche:

—Te ruego que no me hables más de tal cosa.

—¿Qué mal hay en ella?

—Tú sabes que no puedo amar más que lo que sea mío, completamente mío!

—Sí, lo sé, Malcolm... Pero como Dios no nos envía ese tesoro que tanto nos consolaría...

—No puedo complacerte. En ese terreno más que en otro mis ideas son netamente absolutas.

Janet no pudo protestar.

Pasaron más días... más meses... dos años;

Ranny, transformado en un "hombrecito" ignoraba el secreto de su madre.

La vecina y su marido, a cuya protección quedó el niño desde que le abandonó Janet, censuraron entre ellos duramente el olvido de ella. Era un crimen lo que cometía prefiriendo la riqueza a la penuria con el cariño de un pe-



—¿Por qué no adoptamos a un chiquillo pobre para que la alegre con sus risas?

dazo de carne de su propia carne.

Como el destino no para mientes en la bondad o maldad de las personas; como el destino es ciego; como el destino es insensato, ocurrió que el hogar de la vecina de Janet fué deshecho. Su marido quedó sin empleo. Una enfer-

medad lo tuvo en cama hasta agotar los recursos y empeñar las prendas susceptibles de ello. El matrimonio y sus dos hijos tuvieron que emigrar, y, muy a pesar suyo, abandonaron a su vez a Ranny.

Y Ranny quedó convertido en uno de esos chiquillos sin hogar que, a la caza del mendrugo, viven y mueren en la calle... ¡como perros!

Durante los primeros días de su abandono por el matrimonio en la miseria, Ranny fue socorrido, por turno, por varios vecinos, pero pronto se cansaron todos—sin que ello quiera decir que eran mala gente—de poner un plato más en la mesa. El chiquillo comprendió que la caridad que le hacían les resultaba muy cargante a sus bienhechores, y decidió ganarse el sustento por sí mismo en cualquier sitio.

Los deseos de Ranny de portarse como un hombre eran firmes. Lo único que le falló fue el trabajo.

Pasó un día entero sin comer... y algunos más alimentándose muy mal de unas limosnas. Le había avergonzado mucho tender la mano a los transeúntes en súplica de un óbolo para no perecer de inanición. ¡Pero el hambre es tan cruel!

Un día, caminando Ranny a la ventura, detúvose famélico ante el escaparate de una casa de hambres, devorando con los ojos los manjares expuestos a la afición gastronómica pública.

Una niña, de compras en la citada tienda, vió

a Ranny a través del cristal del aparador, y la tristera que acompañaba a sus miradas hacia los apetitosos bocados, la hizo estremecer de emoción.

Al salir de la *charcuterie*, aquella niña, cuyo corazón era de oro y su carita de ángel, se aproximó a Ranny.

—¿Tienes hambre, chico?—le preguntó, cruzando con su mirada triste su mirar sereno.

—Sí, niña, sí... Me estoy cayendo de debilidad... y me repugna pedir limosna.

—¡Pobrecito! Si me acompañas a casa, diré a mi abuela que te dé algo.

—¿Tú crees que me dejará entrar?...

Aunque vayas mal vestido, pareceas bueno...

A poco llegaban los dos muchachos a la tienda de libros y periódicos de la señora Merryl, abuelita muy simpática de Margarita, la niña caritativa.

Ante sus titubeos en el marco de la puerta de la librería, Margarita pujó a Ranny de la mano y lo presentó a la respetable y carifosa anciana.

—Abuelita... ¡tiene hambre!

—¿No tienes familia, hijito?

—No, señora; estoy solo en el mundo.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Ranny Reagan... Los míos me abandonaron porque eran muy pobres.

—Pero... ¿de qué vives?...

—No sé... Estoy muy débil...

—¡(Desdichado!) Por hoy te quedarás a cenar con nosotras.

Margarita murmuró algo al oído de su abuela, y ésta, comunicando en los mismos deseos de su sobrina, accedió a su propósito de proteger al desamparado.

Contenta como nunca, Margarita notificó al muchacho.

—Mi abuelita dice si quieres quedarte a vivir con nosotros.

—¿Yo?

—¿Aceptas?

—Pero ¿es de veras que me lo preguntas?

—Sí, Ranny.

—¡Pues me quedo, encantado!

En aquella familia, integrada por la abuela y su nieta, Ranny empezó orgulloso a desempeñar su papel de "hombre de la casa".

Al fin había logrado el muchacho ganarse la vida por su propio esfuerzo. Su "rôle" en el negocio era el de veeear periódicos y revistas por las calles.

En los ratos de descanso, los dos niños, que se querían mucho, hablaban entre sí de sus cosillas. Margarita gustaba de oír de labios

de Ranny que ella era muy buena, y Ranny se ponía muy contento cada vez que ella le decía que era muy simpático y trabajador.

El azar puso a Ranny en el camino del violinista Guglielmi, y, amante—el chico—de la música, trabó amistad con él.

Entre tanto, Janet, que lo había conseguido



—¡Tú sabes que no puedo amar más que lo que sea mío, completamente mío!

todo, ansiaba hallar a su hijo, lo único que la vida no le quería entregar.

Fué a buscarle en el antiguo hogar de los Reagan, pero los nuevos inquilinos la enteraron de la obligación en que aquéllos se vieron de emigrar hacia cinco años.

Dolorida por la pérdida de su hijo, Janet, dispuesta a corregir su gran error, resolvió tomar el único camino que podía seguir sin que se enterase su marido: el anuncio en un diario. Mandó el siguiente a la sección correspondiente de "The Morning Post".

Deso tener noticias de un niño llamado Re-



Margarita gustaba de oír de labios de Ronny que ella era muy buena...

né que desapareció hace cinco años con la familia encargada de su custodia. Edad actual ocho años. Contestar a esta misma sección a G. X. G.

(Inserción diaria indefinida)

La amistad nacida entre el violinista Gu-

glielmi y Ranny se había ido afirmando mucho en pocos días.

Al hombre le convenía el chilen, pero a éste de seguro no le hubiera convenido seguir tratando al músico si hubiese sabido a tiempo quién era ese sujeto.

En efecto, Guglielmi recreaba con su violín a los vecinos desde el primer piso de la casa, pero en el sótano se revelaba como "maestro" en arte muy distinto del musical.

Su oculta profesión era el "chantaje", la estafa, el robo, en una palabra.

Ranny, muy inteligente a pesar de su corta edad, aunque muy ingenuo, le serviría a maravilla en varios asutajos.

El chiquillo, temado por algunas monedas blancas que le daba de cuando en cuando el doble personaje, le obedecía sin pensar en la consecuencia futura de su sumisión.

De vulgar espía pasó a ser Ranny el mejor de los secuaces de Guglielmi.

Habían transcurrido quince años, llenos de malas hazañas en las que él tomara parte.

Desde los quince años ya no voceaba diarios por las calles. A partir de esa edad fingió y se-

guía fingiendo aún ganarse bien la vida en los centros de subastas.

Lo cierto era que con la capa de la amistad Guglielmi había pervertido a Ranny.

Vaya un ejemplo de la especialidad del apuesto joven.

Guglielmi le esperaba en el sótano, cuyo acceso se hacía mediante una trampa.

Ranny no tardó en aparecer.

—Le está esperando en el café el del asunto número doscientos veinte—informó a Guglielmi.

Este, frotándose las manos de satisfacción, se hizo con un fío de cartas, y comentó con sarcasmo:

—Cada una de estas cartas costó veinticinco céntimos enviarla... y hoy darán mil pesetas por recogerlas.

—¿Cómo se hará el reparto?—inquirió Ranny.

—Sesenta por ciento para mí, treinta para ti y diez para Synky.

Ranny no exteriorizó su protesta ante la desproporcionada distribución de la ganancia en aquel nuevo asunto, para evitar una violenta disputa, pero esperaba que se presentara una ocasión para imponer su propia voluntad.

Margarita y su abuela adoraban en Ranny.

El no era malo. La vida tenía la culpa de su perversión. Pero esta perversión no rezaba para las dos mujeres que eran los únicos seres que él amaba.

En su hogar, Ranny era el hijo modelo. Todo

lo buscaba para ver sonrientes a sus familiares.

Margarita ya no era aquella niña de antaño. Conservaba de entonces su bondad, pero su hermosura era mayor. Era un encanto de muchacha.

Ranny la quería con toda su alma, aunque no se lo hubiera dicho aún en concreto.

Ella le amaba de igual modo, y su más cara ilusión se resumía en oírle pronunciar, cuanto antes mejor, la eterna y siempre nueva pregunta: "¿Quieres ser mi mujercita?"

Un día, Ranny no pudo ocultar más tiempo el sentimiento que ella le había inspirado siempre, y, de regreso en la tienda, se acercó a Margarita y puso bajo sus dulces ojos el dibujo de una casita de campo muy mona.

—Es una casa en venta... ¡Qué hermosa para un joven matrimonio! ¿Verdad, Margarita?

Ella calló lo que sentía en aquellos momentos.

Por su parte, Ranny hubo de interrumpir tan decisiva escena, porque Synky, repiqueteando en el cristal del escaparate de la librería, le hacía una seña para que saliera, para hablarle.

Ranny salió, sí, y pronto, pero Synky estaba muy lejos de suponer que su camarada le colocaría en pleno rostro dos soberanos puñetazos. A un mismo tiempo le repitió:

—Ya sabes que no quiero que vengas por aquí. Como te gozas en molestarme, toma, para que aprendas a complacer a un camarada.

Synky no chistó. Los puños de Ranny eran convincentes. Y se fué corrido.

Ranny, de vuelta al lado de Margarita, prosiguió el significativo coloquio de antes.

—Espero un día de estos hacer una gran venta... Si la hago, compraré una casa como esta. ¿Te gustaría?

—¿Para... para nosotros, Ranny?

—Para nosotros, sí, Margarita... y para la abuelita. ¿Tú también me quieres, verdad?

—Yo... siempre te he querido, Ranny.

—¿Mucho, Margarita?

—Tanto como a mi viejita adorada... pero de otro modo.

—Entonces, qué felices seremos!

Ya se habían besado otras veces...

Fueron, aquellos, besos sencillos, besos de niños. El que se dieron al prometerse uno a otro era distinto... lleno de vida, de humano deseo, de inmenso cariño.

La abuelita asistió entusiasmada a tan tierna escena, y al advertir los jóvenes su presencia, la cubrieron de caricias.

Año tras año el anuncio seguía publicándose. Por fin, un día, Guglielmi lo leyó y abrió los ojos llenos de codicia.

Esa madre desesperada que buscaba a su hijo podía ser una fuente de ingresos nada despreciable si se sabía explotar. La farsa no presentaba dificultades de preparación. No hacía falta más que un muchacho que supiera en-

cargarse del papel de protagonista en la comedia.

Ese muchacho, nadie más indicado que Ranny. Los años que figuraban en el anuncio correspondían a los suyos. Abandonado en su infancia, *no mentaría diciendo* que había buscado inútilmente a su madre.

Convencido de que Ranny sabría salir airoso de su misión, Guglielmi contestó a la anunciante—verdadera madre de aquel—como si sigue:

Puedo dar noticias del chico que buscan. Contestar a J. G. Lista.

Al día siguiente, Guglielmi empezaba a triunfar.

En efecto. Janet, hojeando el diario en el jardín de su casa, al lado de su marido, vió la respuesta del "chantagista" a su anuncio inserto durante quince años consecutivos, y no pudo reprimir un comprometedor suspiro.

Su esposo, extrañado de ello, sorprendió su lectura, y aproximóse a Janet.

—¿Qué te pasa?

—No es nada, Malcolm... Gracias... Me dió como un ligero vahído... Ya pasó...

El marido reanudó su ocupación, mientras Janet, llorando de alegría en su interior, ansiaba estrechar entre sus brazos al hijo que creía desaparecido para siempre.

Así que pudo encerrarse en su habitación, Janet mandó esta carta a Guglielmi.

Si es cierto que sabe algo de mi hijo venga

en cuanto reciba esta carta a mi casa, Séptima Avenida, núm. 780.

Pregunte por Señora Malcolm Trash.

Con esta carta en las manos, el jefe expuso a Ranny, en presencia del tercer miembro de la asociación, o sea, Syuky, el ventajoso asunto que se había presentado y los preparativos



—¿Qué te pasa?

que él hiciera ya descontando la conformidad del primero.

Ranny se negó a burlarse criminalmente de aquella pobre madre que afanosa buscaba a su hijo.

—¿Chochea usted ya? ¿Cómo quiere que me

meta en un asunto como este que no tiene escape?—pretextó.

—Es tan fácil "hacer" este asunto, como quitarle un caramelo a un niño. Esa señora hace muchísimos años que no ha visto a su hijo, a juzgar por la numeración del anuncio en el periódico. No hay nada que temer. Lo único cierto e indispensable es que debes presentarte a ella completamente convencido de que tú eres su hijo, sin temor de que pueda ocurrir algo. Tú eres listo, muchacho.

—No me atrevo, ¡ca!

—No seas necio. Lo que veo es que le tienes asco al papel que te corresponde en la "combinación". Ten presente que con este asunto se puede ganar más dinero que en cien golpes juntos.

Ranny meditó. La visión de una buena cantidad de dinero le hacía vacilar. Si realizaba la hazaña de suplantar al hijo de esa madre rica, con las ganancias de su torcido proceder podría comprar la casita de campo que sería el nido de sus amores con Margarita.

Y fué la obsesión de ser dueño de la encantadora muchacha la que le hizo aceptar ayudar a Guglielmi.

Este no perdió el tiempo. Aquella misma tarde se presentó en casa de Janet, a quien se hizo anunciar mediante tarjeta.

Malcolm no sospechó nada.

Presurosa, Janet inquirió el paradero de su hijo.

—Usted debe de saber dónde se encuentra

René, ¿verdad? — dijo a Guglielmi—. Dígame: lo pronto.

—No se impaciente, señora. Yo creo haber hallado la pista del muchacho que usted desea ver; pero... se lo digo con toda clase de reservas... no estoy seguro de que sea el mismo. Sé que pisa los veinticuatro años.

—Esa edad debe de tener mi hijo...

—Es elegante... muy simpático... alto... francote...

—Así era su padre...

—Yo no sé si será él. Pero si usted quiere que se lo traiga aquí, como yo tengo mucho trabajo... y se necesita dinero para encontrarle...

—Tráigame usted pronto... Yo recompensaré a usted la felicidad que devolviéndome mi hijo tendré en adelante gracias a su intervención. Tome. Esto no es más que un anticipo.

—Tenga usted la seguridad, señora, de que pondré todo mi empeño en proporcionar a usted esa dicha que anhela.

Guardóse Guglielmi el dinero, sonriendo para sus adentros, y muy reverente salió de la casa, dirigiéndose a su escondrijo, donde le esperaban Synky y Ranny.

—Chicos, esto es un hecho! ¡Un filón! ¡Ya traigo una garantía metálica!

Ranny y Synky siguieron escuchando con interés y asombro.

Todo resultó como yo lo había imaginado. Esa mujer admitirá a cualquiera que sea blanco... y más si es guapo como tú, Ranny. No vaciles más: hay dinero a ganar.

—Tengo una condición que imponer.

—¿Cuál?

—Si me determino a ir... yo quiero hacer las partes.

—¡Ah! ¿Y en qué proporción?

—Cincuenta para mí. Cuarenta para usted y diez para Synky.

—Lo de Synky no está mal, Ranny... pero lo mío... ¿qué, cuarenta y cinco tú y otro tanto yo?

—Nones. Yo cincuenta. Usted cuarenta. Si hace, bien; si no...

—No discutamos. Aceptado. Lo que conviene es que te pongas pronto a trabajar.

—¿Cuándo?

—Será mejor esperar un día.

La presentación de Ranny a su verdadera

madre fué efectuada veinticuatro horas después, por el propio Guglielmi.

—Ya he encontrado al muchacho, señora; está esperando ahí. Como comprendo la emoción que la embarga a usted en estos momentos, me permito retirarme.

Y no bien hubo Guglielmi traspuerto el um-



—*Yo no sé si será él. Pero si usted quiere que se lo traiga aquí...*

bral de la puerta de salida de la regia finca, Janet fué al encuentro de Ranny, quien en su papel de tímido no estaba descolocado.

Janet aproximóse más y más, y por encima de toda duda vió la inconfundible mirada del padre brillar en los ojos de su hijo.

Y Janet abrazó a su hijo, y Ranny, sonriendo, posaba con deleite sus manos en los mórbidos hombros de su madre desconocida para él. El abrazo de ella encendía en él una voluptuosa sensación. ¡Ah, si el supiera que era su propia madre, cuánto se avergonzaría de ello!

Pasado el primer arrebató, el solemne del reencuentro, Janet habló llena de contento con su hijo, y Ranny estaba encantado de ver lo bien que él sabía interpretar su papel de impostor.

Malcolm vino a pasar frente a ellos, y para disimular Janet presentóle a Ranny como corredor de Bolsa.

Malcolm devolvió cortésmente el saludo del muchacho, y de nuevo éste quedó sólo con Janet, a la que preguntó:

—Así, su esposo no es preciso que me conozca, ¿verdad?

—Ya te he dicho hace poco cual es mi situación respecto de mi segundo esposo. Tú eres hijo de mi primer matrimonio. De modo que Malcolm Graham no debe saber eso. Por ahora no es posible mostrarte ante todos... pero ya hallaré algún medio para que puedas vivir junto a mí.

—Bueno; como tú quieras... mamá.

—¿No te falta nada, hijo mío? ¿Dinero, acaso?

—Eso siempre sirve. Precisamente, estoy pasando una temporada terrible. Hasta tengo deudas.

—No te apures. Yo te ayudaré.—Y extendiendo un cheque—: Toma. Ahora solamente te doy esto para que te arregles un poco. No son más que dos mil dólares.

—¡Gracias, mamá! ¡Qué buena eres!

—Eso no es nada, tontín. Mucho más te debo yo por haberte vuelto a ver, cuando ya consideraba esta dicha para mí inasequible!

Siguieron hablando, como madre, ella, y profanando el santo nombre de hijo, él.

Despidiéronse, hasta el día siguiente, cuando Malcolm volvió a cruzarles de paso a su gabinete de trabajo.

Muy ufano, y con los dos mil dólares en el bolsillo, regresó Ranny a la guarida, en la que le esperaban *ansiosos* Guglielmi y Synky.

—¡Nada, chicos! Llegar, apretar el resorte... ¡y caer el dinero!

—¿Cuánto?

—¡Dos mil!

—¿Dólares?

—En un cheque.

—¡Buen principio!

—Esto es una mina, Guglielmi. Procuraré sacar a esa buena señora todo el dinero posible y después me retiraré de esta clase de negocios.

—¿Qué es lo que dices, Ranny!

—Lo que usted ha oído perfectamente, Guglielmi. Después de explotar este filón, ¡se acabó mi mala conducta!

—Tú te has vuelto loco, chico.

—Pues gustoso me acodo a la locura para perderos pronto a los dos de vista.

—Bueno, ya hablaremos en otra ocasión. Ahora ¡partimos esos dos mil?

—No desconfíéis. Yo cobraré el cheque, y después haré el reparto.

Poco después Ranny hacía efectivo el documento bancario, pero en vez de volver a la guarida, hizo otra cosa mejor.

Más tarde presentóse en la librería de Margarita y su abuela, y sin decirles para qué, las hizo vestir de calle y se las llevó con un "auto" hacia las afueras.

Apeáronse los tres frente a una casita de campo, monísima, la misma que él enseñara a Margarita dibujada en un papel, y dijo a las dos mujeres en el marco de la puerta de acceso al jardinillo que rodeaba la coqueta vivienda:

—Días atrás estaba en venta. Hoy ¡ya está comprada!

—¿Tú la compraste, Ranny?—preguntáronle a un mismo tiempo las dos mujeres.

—Sí, para nosotros tres... Es nuestra, Margarita...

En ese instante los tres presenciaron una dolorosa escena: la justicia apresaba a un hombre, arrancándolo de los amantes brazos de su madre y de su esposa, que quedaban llorando a partir el alma.

—Pobre muchacho... Debe haber resbalado... y se lo llevan a la sombra—murmuró Ranny presa de mortal angustia.

— Desdichado! — pronunció dolorida Margarita.

Y la abuelita, mirando a las desesperadas mujeres, dijo:

No es él quien me da más lástima, sino aquellas pobres mujeres que quedan en la casa. — Y añadió — Gracias, gracias, Ranny.



— *Días atrás estaba en venta. Hoy ¡ya está comprada!*

por Margarita. Ella ha tenido la suerte de hallarte a ti, que eres honrado.

Ranny no contestó. El remordimiento mordía su conciencia. Subyugado por la triste y relatada escena, sintió la imperiosa necesidad de confiarse a Margarita, único ser en el mun-

do por quien sería capaz de las mejores hazañas.

Se apartó con ella de la abuelita, que con pueril curiosidad inspeccionaba la casa, y le habló con el corazón en la mano:

— He de decirte algo, Margarita... ¿Has visto al muchacho que se llevó el policía?

— Sí... ¿Por qué te has puesto tan triste?

— Porque yo... yo soy... ¡como él!

— ¿Qué dices, Ranny?

— ¿No me comprendes?... No es cierto lo del centro de subastas... ni ningún otro negocio de los que te hablé.

— ¿Es posible!...

— Es la verdad desnuda. Hasta hoy trabajé con una banda de estafadores. Así *gané* el dinero con el que he comprado esta casa.

— ¡Oh, Ranny! ¿Esto es para morir de pena! Así, tu trabajo... tus ambiciones y todo... ¡todo es mentira!

— Todo menos mi amor, Margarita... No quieras olvidarme... Te prometo...

— ¡Calla, Ranny! ¿No ves cuánto sufro por tu causa? ¿Aun te atreves a decirme que me amas! Prométeme que te marcharás y que no intentarás verme nunca. ¿Nunca! ¿Lo oyes?

La humilde, sencilla, encantadora y perfumada Margarita rompió a llorar. A un mismo tiempo su corazón le dictaba el piadoso perdón y su amor propio el olvido de quien no supo conducirse como un hombre a pesar de haberle trazado el buen sendero para llegar a serio.

Ranny volvió a la ciudad decidido a regenerarse olvidando su pasado.

Su primer paso hacia la nueva vida que quería emprender para reconquistar a Margarita, fué el de ir a confesar a su desconocida madre la farsa que con ella interpretaba.

—Señora, vengo únicamente para sincerarme



—Sí... ¿por qué te has puesto tan triste?

ante usted... ¡Soy un ladrón!

—¿Qué dices, hijo mío?...

No fui nunca más que eso... un ladrón! No hubo jamás en mí más que un sentimiento noble: el amor a una mujer... ¡Y esa mujer me aleja de su lado!

Ranny se puso a llorar.

Janet, llorando con él, pues la culpa del hijo recaía de pleno en ella, le abrazó prometiéndole ayudarlo a redimirse. ¡Qué no haría ella por la felicidad de su hijo!

—¿Quién es esa mujer? Dime dónde puedo verla.

Se llama Margarita y vive con su abuela en una librería de la calle Downe... ¡aquella casa es el único hogar que conocí en mi vida!

Malcolm sorprendió a su esposa abrazada a Ranny, y la zahirió incurriendo en el error:

—Ayer era un corredor de Bolsa... ¡Hoy es tu amante!

Janet no vaciló en defenderse y defender a Ranny:

—Este muchacho es mi hijo.

—¿Tu hijo?

—Acuérdate de mis ideas sobre el amor. Jamás te habrías casado conmigo si te hubiera dicho que de mi primer matrimonio tenía un hijo.

Pero Ranny, dispuesto a ser bueno, no quiso seguir burlándose de aquella que le buscaba a él, sin él saberlo, y reveló lo que creía era la verdad:

—Vine aquí, señora, para confesar que no soy su hijo... ¡Yo me llamo Ranny Reagan!

Malcolm, sin volver de su asombro, se interesaba al desenvolvemento de aquel enredo.

Janet, al oír el apellido de Reagan, no perdió esperanzas.

—¡Reagan! En su casa fué donde te aban-

doné al casarme otra vez... Te quedaste jugando con un caballito de cartón. ¿No te acuerdas?

Ranny acució su memoria y le pareció real todo lo que le decía su madre.

Al llegar al convencimiento de que lo era, Ranny, avergonzado de sí mismo, y considerando que si él había caído tan bajo era por culpa de su abandono, no pudo menos de censurárselo.

—Perdió mis derechos sobre mí... Ahora ya no pertenezco a nadie.

Y huyó, para ir a llorar en cualquier rincón donde pudiera estar sólo con sus pensamientos.



Janet no quería perder a su hijo precisamente después de la dicha del reencuentro, y se personó en la librería de la abuela de Margarita.

La muchacha la recibió.

—¿Dónde está Ranny? preguntó Janet—. Yo soy su madre.

—¿Su madre? Pero ¿la tiene? ¿Al fin la ha encontrado a usted?

—Sí... Dios lo ha querido. Quiero redimirlo. Usted debe ayudarme. Se lo suplico. A eso he venido exclusivamente.

—Me mintió... No es digno de que yo le ame...

—Él no es culpable... La causante de todo soy yo, nadie más que yo. Le abandoné por mi ambición, cuando era un niño... cuando más necesitaba el amor de su madre! No le abandoné... ahora es a usted a quien necesita.



—¡Rengan! En su casa fue donde te abandoné al casarme otra vez. Te quedaste jugando con un caballito de cartón.

Margarita accedió, pues el requerimiento de la madre de Ranny correspondía al deseo de su corazón, y juntas decidieron ir a buscar al muchacho que noblemente había confesado su ansia de enmendarse.

Le hallaron en el jardín de la casita de campo. Hubo lagrimitas por las que huyó el rencor que podía haber en sus pechos, y el amor triunfó esplendorosamente.

Janet iba a reunirse para siempre con su hijo, abandonando a Malcolm, mas éste, doblegándose a mejores teorías que las que siempre sustentara, rogóla que se quedase con él... y le dijo que Ranny, Margarita y su abuela podían instalarse en la finca, como en su propia casa.

—¿De veras me quieres hasta ese punto, Malcolm?—preguntó Janet, agradecida, a su esposo.

Y como él hiciera con la cabeza un ademán afirmativo, las puertas de la triste mansión se abrieron a la alegría de un amor purísimo y a la simpatía de un afecto cordial.

Al fin, sobre la ambición de un día, por encima de los egoísmos de siempre, triunfó el amor que ennoblece la vida de los hombres.

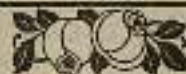
FIN

Revisado por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

LA INTERESANTE NOVELA

La aventura del velo



Creación de la popular artista

Constance Talmadge

SUGESTIVO ASUNTO

Postal regalo: HARRY CAREY (Cayena)

16 FOTOGRAFÍAS

Precio: 30 Cts.

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

PROGRAMA REALART

S. HUGUET

Provenza, 292

BARCELONA

Colecciones completas y números sueltos atados a precios corrientes de venta, en LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S. A. Barbadá, 16. — BARCELONA — en sus Agencias de Provincias y en todos los Kioscos de España



¿Ha comprado usted ya el cuarto
volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

Honrarás a tu madre?

No debe usted olvidarse de ello.
Es lo más sentimental que se ha
escrito y sus hermosas enseñan-
zas son útiles para todos!

¡Pida esta obra en todas partes

Recuerde los números an-
teriormente publicados:

La Mendiga de San Sulpicio

La Madona de las Rosas

Los Diez Mandamientos



NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-ESCENA
1	Los Quince y Ciento Trece	El joven Mediano
2	Las dos esposas	El Perdonado de Janda
3	Verdad o Falsedad	La Rueda
4	Las cuatro (Cuatro) del apogeo	Los escuderos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Mujeres importantes
6	Destino, El Negro	Mary Fildes
7	La mujer del escudero	Thomas Hodgson
8	Delirio	Bob D'Amico
9	Contra la tiranía	Charles Marlow
10	Por la puerta de veneno	Edith Clayton
11	Murderio	Charles Roy
12	El Indio	Robert Martin
13	Como cuando las mujeres	Betty Arcton (Folly)
14	La Faja de la mujer	Edith Brown
15	Por dentro a su madre	William Bell
16	La mujer del escudero	William Brown
17	El solo padecido	William S. Earl
18	Los Niños Míos. (Episodio)	Mary Miles Winter
19	De la tierra a la tierra	Robert Brown
20	El Crimen del Malhechor Polaco	Charles Roy
21	La mujer del escudero	Robert Brown
22	El escudero profesional	Robert Brown
23	Un caso a la mujer	Robert Brown
24	El escudero de la mujer	Robert Brown
25	El escudero de la mujer	Robert Brown
26	El escudero de la mujer	Robert Brown
27	El escudero de la mujer	Robert Brown
28	El escudero de la mujer	Robert Brown
29	El escudero de la mujer	Robert Brown
30	El escudero de la mujer	Robert Brown
31	El escudero de la mujer	Robert Brown
32	El escudero de la mujer	Robert Brown
33	El escudero de la mujer	Robert Brown
34	El escudero de la mujer	Robert Brown
35	El escudero de la mujer	Robert Brown
36	El escudero de la mujer	Robert Brown
37	El escudero de la mujer	Robert Brown
38	El escudero de la mujer	Robert Brown
39	El escudero de la mujer	Robert Brown
40	El escudero de la mujer	Robert Brown
41	El escudero de la mujer	Robert Brown
42	El escudero de la mujer	Robert Brown
43	El escudero de la mujer	Robert Brown
44	El escudero de la mujer	Robert Brown
45	El escudero de la mujer	Robert Brown
46	El escudero de la mujer	Robert Brown

HA SALIDO YA

EL SUGESTIVO ASUNTO

LOS HIJOS DE PARÍS

— 0 —

LA NOVELA DE UNA OBRERA

publicado en la popular

BIBLIOTECA FEMENINA

— D E —

LA NOVELA FILM

Nadie dejará de adquirir

LA NOVELA DE UNA OBRERA

007 NFI (46)

